

Desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina, se tembló un momento, como se tembló en otro tiempo en la península de los Balkanes, á la aproximación del gran ejército de los godos.

Para calmar el espanto se recurrió á las expiaciones religiosas. Aureliano que sabía el partido que se puede sacar para manejar las muchedumbres, de la intervención de los dioses y del aparato de las viejas supersticiones, escribió al senado la carta siguiente, que el pretor urbano leyó con gran solemnidad en la curia.

«No extraño, venerables Padres, que hayáis vacilado tanto tiempo en abrir los libros sibilinos; se os creería reunidos en una iglesia de cristianos y no en el templo de todos los dioses. Hacedlo, en fin, y con la santidad de los pontífices y las solemnidades de la religión, ayudad al príncipe embarazado con las mayores dificultades. Nunca es vergonzoso vencer con la asistencia de los inmortales. Así emprendieron y terminaron nuestros mayores tantas guerras.»

Antes de llegar esta carta se había hecho la misma proposición en el senado, pero los espíritus fuertes y los cortesanos del príncipe se habían reído de ello. «Aureliano lo suplirá todo,» decían. El mensaje imperial cambió naturalmente esta disposición de los ánimos, y el primer senador á quien el cónsul en ejercicio pidió parecer reprochó á los Padres conscriptos «que pensaran tan tarde en la salud de la república y hubieran sido tan descuidados en recurrir á los libros del destino y en solicitar los favores de Apolo. Id pues, santos pontífices, vosotros que sois puros, irreprochables y sagrados, id en piadoso traje y en santas disposiciones; subid al templo; preparad las sillas adornadas de laurel; abrid con vuestras respetables manos los libros de la religión; buscad en ellos los eternos destinos de la república, y enseñad á los niños que tienen padres el himno que deben cantar. Nosotros determinaremos el gasto necesario á esta ceremonia, ordenaremos el aparato de los sacrificios y fijaremos el día de la lustración de los campos» (Sesión del 10 de enero de 271).

Purificóse la ciudad, se cantaron los himnos sagrados, se hizo una procesión al rededor de Roma, y se prometió á los dioses hacer otra al rededor de los campos; en fin, se ofrecieron sacrificios en lugares determinados por los sagrados libros para impedir que los bárbaros los pasaran. Vopisco no dice que estas expiaciones fueran sacrificios humanos; pero Aureliano había ofrecido cautivos de todas las naciones, y esto no podía ser sino para renovar la antigua costumbre de enterrar vivos á los hombres cuya irridada sombra debía detener la marcha de sus compatriotas.

A la vez que poniéndose bien con los dioses, tomaba Aureliano sus disposiciones contra los bárbaros. Estos, que venían en son de guerra, más bien por el botín que por la conquista, se habían dividido á fin de extender más aína sus depredaciones. Parece ser que avanzaron hasta el Metauro (Metaro ó Metro), lo que anunciaría la intención de marchar sobre Roma, suprema ambición de todos aquellos rapaces invasores; á lo menos se tiene una inscripción, en que las ciudades de Pésaro y de Fano dan acciones de gracias «á Hércules Augusto, colega del invencible Aureliano,» sin duda por algún hecho de armas librado con fortuna en sus cercanías. Aureliano seguía estas bandas destruyéndolas una tras otra, y cerca de Pavía alcanzó el grueso del ejército bárbaro y le hizo sufrir un gran desastre. De éstos también, muy pocos volvieron á ver la choza paterna oculta en los grandes bosques del Neckar y del Mein.

¿Qué había pasado en Roma durante esta campaña? Sin duda se había soltado la lengua contra el panonio que de-

jaba al pueblo rey que tuviera tanto miedo; acaso se habían derribado sus estatuas y dado muerte á alguno de sus familiares ó de sus soldados: ello es que hubo grandes tumultos y desórdenes, pues Vopisco habla de violentas sediciones. El valeroso caudillo que había pasado su vida combatiendo por la salud del imperio tuvo por una traición este alzamiento á la aproximación del enemigo, y castigó severamente á sus autores, sin perdonar á algunos senadores.

Hacia mucho tiempo que Roma, en la seguridad que le daba su fortuna y su imperio, había traspasado su recinto, y el muro de Servio desaparecía bajo las casas y los jardines que cubrían el inmenso terraplén y las orillas del agro. Acercándose el enemigo, se resolvió Aureliano á volver á las precauciones de los antiguos días: era una confesión humillante, pero necesaria. En efecto, dió á Roma un segundo recinto que envolvía el primero y que Probo acabará, midiendo unas 11 millas, ó diez y seis kilómetros de perímetro (271) (1).

Esta nueva línea de fortificaciones está aún señalada por el muro llamado de Honorio, á causa de las reparaciones que hizo en ellas este príncipe.

Rechazados los bárbaros y á buen recaudo Roma contra un golpe de mano, pensó Aureliano en los dos competidores que retenían fuera de su autoridad el Oriente y el Occidente del imperio, Cenobia y Tétrico. Este era el más próximo, pero parecía el menos peligroso, y Aureliano tenía ya razones particulares para no temerle (2). En su virtud dirigió sus primeras hostilidades contra la reina de Palmira.

Vencedor de Sapor, cuya capital había insultado dos veces clavando sus flechas en las puertas de Tesifonte, fué investido Odenato por Galieno del mando de todas las fuerzas romanas en Oriente y aun asociado al imperio. Y disponíase á limpiar de godos el Asia Menor, cuando en 266 267 cayó víctima de una de aquellas tragedias tan frecuentes en los palacios de Oriente.

En efecto, en una cacería real su sobrino Meonios disparó el primer dardo contra la res al desemboscarse y la mató. Era contra la etiqueta, que reservaba el primer tiro para el príncipe, y Odenato le reprendió con acritud. Pero Meonios no tuvo en cuenta la etiqueta ni la represión: la ambición de ser tenido por el más diestro cazador del desierto le quitaba toda prudencia y dos veces más partieron sus flechas antes que las del rey. El agravio era público y reiterado: Odenato le retiró su caballo, lo que equivalía á la degradación, y prorrumpiendo en amenazas el fogoso y temerario joven, mandó el rey reducirlo á prisión.

Perdonado y libre, merced á las súplicas de Herodes, primogénito del rey, guardó en su corazón el árabe todo su enojo y rencor, y con la ayuda de algunos descontentos, asesinó en un festín á Odenato y á Herodes.

Cenobia había compartido el poder y los trabajos de su esposo (3). Pretendía descender de los reyes macedonios de Egipto, lo que había hecho de ella la más noble dama

(1) Sigo la corrección de Piale (*delle Mura Aureliane*) que en el texto de Vopisco (*Aur.* 39), *quinguzinta prope millia*, sobrentiende *pedum* y no *passuum*: 50.000 pies romanos hacen unas 11 millas ó 16 kilómetros.

(2) Eckhel (t. VII, p. 456) juzga que la negociación de que trataremos más adelante había comenzado en tiempo de Claudio. Se tienen medallas en que se representa á Claudio y Tétrico de espaldas uno á otro (*De Boze, Mem. de la Acad. de inscrip.*, t. XXVI, p. 515).

(3) M. de Vogue (*Inscr. sen.* p. 29) traduce el nombre semítico de *Zenobia Batzebinah* por *mercatoris filia*; pero puede decirse también que *Cenobia* es un nombre griego que la reina tomó á causa de algún parentesco con los Cenobios, muy numerosos en Palmira, y por congraciarse con sus súbditos griegos.

de Oriente; declábase también que era la mujer más hermosa y era sin duda la más casta. La ambición y el amor de la gloria habían sofocado en ella los vicios que engendra y mantiene el harem. Cenobia sabía todas las lenguas hablas de Palmira á Atenas, de Atenas á Menfis, hasta el latín (1); leía á Homero y á Platón; con Longino, el dudoso autor del tratado de lo *Sublime*, pero el sabio que supo morir bien, discutía cuestiones de filosofía y de literatura; con el famoso arzobispo de Antioquía, Pablo de Samosata, cuestiones de teología, y dió á sus dos hijos mayores tan hábiles maestros, que se dijo de uno de ellos, de Timolao, que, si hubiera vivido más tiempo, habría puesto su nombre á la altura de los más ilustres oradores latinos.

El desierto, como Atenas y Roma, tenía su academia de buenos ingenios; pero no había allí todos los gustos del mundo occidental, porque en Palmira no se ha encontrado ningún vestigio de aquellos anfiteatros que se apresuraban á construir las ciudades verdaderamente romanas.

Cenobia seguía á su esposo á la caza y á la guerra: venció con él á los persas, y procuró, sin él, conquistar á Egipto. Algunos la acusan de haber pertenecido á la conjura que costó la vida al César de Palmira; pero puede ponerse en duda. Cenobia tuvo de sus primeras nupcias un hijo, á quien Herodes cerraba el paso al poder, como se lo hubiera abierto su muerte. La madre lo pensaría así sin duda; acaso lo hubiera esperado; pero conspirar contra Odenato era conspirar contra sí misma.

Meonios había asesinado á su tío por venganza, para ocupar su puesto, no para dejárselo á la reina. Tampoco había sido necesario impelerlo á deshacerse de Herodes, á quien Odenato había asociado al gobierno: el primer crimen arrastraba fatalmente el segundo; y concediendo que la madre hubiera visto sin pesar la muerte del joven príncipe, ¿quién hubiera librado á su hijo de un competidor?

Consumada la tragedia, Cenobia sublevó contra el asesino á los soldados que lo habían proclamado rey, y que sin duda por un puñado de oro llevaron su cabeza á los pies de la reina viuda: después saludaron con el título de Augusto á su hijo mayor, Waballath, y con el de César á los otros dos (2).

Cenobia les presentó al pueblo y al ejército, revestidos con la púrpura romana, y conservó la realidad del poder con el título de *Basilissa*, reina, equivalente sin duda para los palmiranos al título de *Augusta*.

En medio de la confusión en que se vivía de cuarenta años atrás, nadie extrañaba que salieran tantos Césares de una ciudad árabe: de peores lugares habían venido. Pero lo que sí debía parecer extraño era ver á aquellos hijos del desierto, que siempre retuvieron en condición inferior á la mujer, inclinar la cabeza bajo aquella mano suave y firme. Verdad es que el Oriente tenía tantas diosas reinando en el cielo, que bien podía sin mucha resignación dejar que reinaran mujeres en la tierra. Y luego, sus leyendas le hablaban siempre de Semíramis, la poderosa reina de Babilonia, de Dido, la gloriosa cartaginesa, y de aquella reina de Saba, que había querido contemplar de cerca en todo su esplendor al rey de los judíos, fundador de Tadmor.

(1) Treb. Poliön, *Tyr. trig.* 30. Añade este autor que Cenobia había leído en griego una historia romana, sin duda la de Dion Casio, y que ella misma había compuesto un resumen de la historia de Alejandro y del Oriente.

(2) La leyenda latina de las monedas de Waballath es V. C. R. I. D. R., que M. de Sallet lee: *Vir Consulatis, Rex, Imperator, Dux Romanorum*. En Palmira llevaba, en efecto, el título de rey, y una inscripción griega encontrada en el bajo Egipto lo llama βασιλεύς, rey. En el quinto año de su reinado (29 agosto 270-28 agosto 271) tomó el título de Augusto.



Cenobia (3)

pie, y alternaba con sus generales en prolongados festines, en que, sin embargo, conservaba su rango y dignidad.

Aureliano le hizo justicia diciendo: «Los que dicen que no he vencido más que á una mujer no saben ciertamente quién era esta mujer, ni cuán prudente era en el consejo, perseverante en la resolución, firme con los soldados, y según las circunstancias, liberal ó severa. Por ella venció Odenato á los persas, y por temor á sus armas se han mantenido en reposo árabes, sarracenos y armenios.»

Cenobia era pues un adversario respetable. Se había propuesto añadir á su imperio oriental dos regiones que debían ser sus puestos avanzados y sus baluartes: Egipto adonde envió un ejército que se apoderó de Alejandría, y el Asia Menor, cuyos pueblos «que no sabían decir que no,» aceptaron su dominación. Sólo se resistían los bitínicos, y esto lo comprometía todo, como quiera que bañada por la Propóntide y el Bósforo, la Bitinia era la gran vía de los ejércitos para pasar de Europa al Asia, y esta vía quedaba abierta al emperador romano.

La empresa de Egipto hubo de tener comienzos muy lucidos. Zósimo habla de un ejército de setenta mil hombres que hubo de apoderarse del país, ó á lo menos de las

(3) Busto del Vaticano, museo Chiaramonti, n.º 263.

provincias del Norte. Un general de nombre Probo, ó Probo, se encargó de perseguir á los piratas, que á consecuencia del desorden producido por la grande invasión gótica, infestaban las costas del Asia Menor y de la Siria; desembarcó con las tropas que llevaba en el Delta, donde los palmiranos no habían dejado más que cinco mil hombres de guarnición, aumentó su tropa con algunos voluntarios, y ya iba á atacar la de Cenobia, cuando fué sorprendido cerca de Menfis. Habiendo caído en manos del enemigo, se dió la muerte, y con esto quedó la reina de Palmira dueña del Bajo Egipto.

Monedas alejandrinas tienen los bustos de Aureliano y del hijo de Cenobia, como si hubieran sido dos colegas, y la más reciente, que marca el año sétimo del reinado de Waballath, prueba que esta situación duró hasta 272 (1).

En la primavera de este año, salió de Italia Aureliano con un poderoso ejército para ir á arreglar los negocios de



Waballath y Aureliano (2)

Asia. De camino limpió la Iliria, la Tracia y la Mesia de las bandas godas que quedaban rezagadas ó que habían vuelto á entrar: persiguió una hasta más allá del Danubio y se hizo entregar en rehenes cierto número de doncellas nobles, que internó en Perinto. Escribió al legado de Tracia que suministrara para asistencia de ellas cierta cantidad y que las reuniera en comunidades de siete en siete, á fin de que los gastos fueran menos onerosos para la república á la vez que permitiendo que vivieran á su gusto las nobles doncellas. Ya vimos en otro lugar cómo servían estos rehenes la política imperial: una de ellas se casó con un general romano; las otras hicieron sin duda lo mismo: el emperador, por su parte, suministraba la dote.

En la Bitinia fué recibido Aureliano como un libertador: los hostilidades comenzaron en el país de los gálatas, donde fué preciso tomar la plaza de Ancira á viva fuerza. Una de las principales ciudades de Capadocia, Tiane, que cubría el paso ciliciano en el monte Tauro, había hecho una resistencia desesperada, si uno de los más ricos ciudadanos no hubiera indicado un punto mal fortificado y peor guardado. Aureliano hizo morir al traidor, sin confiscarle los bienes, sin embargo, virtud rara entre los príncipes de aquel tiempo.

Los soldados esperaban el pillaje de esta rica ciudad; pero el emperador se dió maña para evitarlo. Apolonio de Tiane tenía aún sus devotos; el biógrafo de Aureliano era uno de ellos y supone que una aparición del héroe impidió que el príncipe destruyera la ciudad. La política aconsejaba esta moderación, y Aureliano comprendía que, en tiem-

(1) Eckhel, t. VII, p. 496. Mientras Cenobia administró el Egipto en nombre de Claudio, el nombre de este príncipe iba solo en las monedas de Alejandría; á la muerte de Claudio, hizo acuñar en esta ciudad monedas con el busto de Aureliano, titulado Augusto, y el de Waballath, y otras con la sola imagen de Aureliano. Después del rompimiento, en 278-272, el busto de Aureliano desapareció de las monedas alejandrinas y el nombre de Waballath va seguido del título de Augusto, *σεβαστό*; De Vogue, *op. cit.* 32).

(2) VABALATHVS V. C. R. IM. D. R. y la cabeza laureada del hijo de Cenobia. En el reverso: IMP. C. AVRELIANVS AVG. A. y el busto radiado de Aureliano (Moneda de bronce).

pos tan turbados, debía haber indulgencia con los que no sabían de qué parte estaba el derecho ni adónde debía inclinarse la obediencia. Cuando refirió que Apolonio prohibía el saqueo de su ciudad natal, los soldados que se hubieran podido resistir al príncipe no se atrevieron á resistirse al *hombre divino* y una feliz mistificación salvó una gran ciudad.

Los pasos del Tauro no estaban guardados y las legiones descendieron á Cilicia, contornearon el golfo de Issus (Layazo), y al llegar á las Pilas Sirias descubrieron á sus pies el lago de Antioquía, la ciudad misma recostada á orillas del Oronte, y Dafnea, el santuario de las devociones licenciosas.

Cenobia estaba allí con parte de su caballería, y una acción que, al parecer, no fué muy sangrienta, entregó la ciudad á los romanos, que entraron en ella mientras los palmiranos se retiraban en dirección de Calcis. Aureliano continuó su sistema de clemencia. Muchos habitantes de Antioquía, por temor de ser tratados como partidarios de la reina, habían seguido el ejército árabe: un manifiesto de Aureliano les garantizó la vida y los bienes, y con esto volvieron casi todos.

En un asunto al que se dió mucha resonancia mostró el mismo espíritu de conciliación. Pablo de Samosata desempeñaba en Antioquía las funciones de obispo y las de administrador de las rentas reales, *procurator ducentarius*. En la ciudad había muchos judíos y cristianos, y entre estos últimos había hombres que admitiendo y todo el Evangelio, negaban la divinidad de Cristo, ó á lo menos la entendían de manera distinta que la Iglesia. Según ellos, Jesús no era más que un hombre, á quien el Espíritu de Dios, el *Logos*, había descendido como descendiera al alma de Moisés y de los profetas. Reconocían pues la unión del Verbo divino y de la humanidad en Cristo y concedían que merecía ser llamado Dios. Pero esta tentativa de explicación racional arruinaba el dogma del Dios hecho hombre y disminuía la fecundidad religiosa del cristianismo.

Pablo pensaba como ellos, y en 264, su fe había ya parecido sospechosa; sin embargo, habiéndose reunido, para examinar su doctrina, un numeroso sínodo de obispos asiáticos, de presbíteros y diáconos, no pudo encontrar en su doctrina nada herético.

Cinco años después, convocaron sus émulos otro sínodo á que asistieron setenta obispos, los cuales lo separaron de la comunión de los fieles, y letras sinodales dirigidas á los obispos de Roma y Alejandría, y á todos los obispos, presbíteros y diáconos que constituyen la Iglesia que está bajo el cielo, les comunicaban la deposición del obispo de Antioquía.

Sostenido Pablo por Cenobia, conservó la casa episcopal. La causa se sometió á la autoridad de Aureliano, el cual, con un buen sentido que debe tenerse en cuenta, se guardó mucho de pronunciar de suyo, y muy más de recordar, á propósito de estas disputas, que había edictos imperiales contra los cristianos. «Esos son asuntos de obispos, dijo; que conserve la casa episcopal aquel con quien los obispos de Roma y de Italia estén en comunión.»

El hermano de Séneca, tribuno de Jerusalén, había contestado también, á propósito de San Pablo, acusado por los judíos: «Yo no soy juez de esas cosas.» El honrado y valiente soldado, cuya historia escribimos, había encontrado de suyo esta verdad de buen sentido, que tantos emperadores desconocieron y desconocerán todavía (3). Muy lue-

(3) Eusebio, *Hist. eccl.* VII, 27 y 29. Eusebio cita las letras sinodales. En ellas se encuentran, como de costumbre, muchas recrimina-

go recogió el fruto: los amigos del obispo habían sido, como él, partidarios de la reina; Aureliano los castigaba, sin maltratarlos, y al mismo tiempo se granjeaba la buena voluntad de la comunidad cristiana, que era numerosa en la ciudad.

Se ha querido ver en su resolución un reconocimiento de la primacía de la silla romana. Era natural que Aureliano, teniendo que decidir un punto de doctrina entre los cristianos, se dirigiera á los obispos de la metrópoli del imperio, y que constituyera á los jefes de las comunidades cristianas de Italia árbitros de la diferencia, sin dar al asunto más importancia. Su juicio, sin embargo, no dejaba de

constituir un precedente muy útil para la autoridad pontificia.

Arregladas las cosas en Antioquía, movió su ejército Aureliano en persecución del enemigo, cuya retaguardia hubo de alcanzar no lejos de Calcis, desalojándola de una altura en que había tomado posición. Los palmiranos no se detuvieron ya hasta los muros de Emesa. Cenobia había reunido allí setenta mil hombres, apoyados en una plaza, que ciertamente había sido fortificada, y teniendo ante sí una amplia llanura á propósito para las cargas de su caballería.

La batalla fué esta vez encarnizada; todos los combatientes se sentían animados por idéntico ardimiento, los



Ruinas del templo de Diana, en Palmira

unos por la antigua gloria de Roma, los otros por la gloria reciente de Palmira. Un momento pudo temer Aureliano ver á sus legiones arrolladas por el ímpetu de los contrarios, á cuyo irresistible choque toda su caballería quedó fuera de combate; pero una carga vigorosa que él mismo dirigió contra el centro de la línea demasiado extensa del enemigo, decidió á su favor la victoria. Tan cara hubo de comprarla que los romanos no quedaron en estado de perseguir á los vencidos.

En lo más recio del combate, hubo de ofrecer Aureliano un templo al Sol, y más tarde se contaba que se había visto al dios en medio de las legiones fortaleciendo las quebrantadas líneas. El Sol era la divinidad mayor de Palmira, y había abandonado á su pueblo: los dioses se ponen siempre de parte del mayor número; y por un sentimiento de orgullo y humildad á la vez, se complacen los victoriosos en tomar por asistencia divina la ayuda que han encontrado en su propio valor.

En un consejo de guerra que Cenobia había presidido en Emesa se había decidido la retirada á Palmira. Se su ponía que el pesado ejército romano no podría atravesar «el país de la sed,» ó á lo menos que viviría en él difícilmente, expuesto como estaría á los continuos ataques de los nómadas. Los bandidos de Siria, como Vopisco los llama, hicieron en efecto mucho daño á los romanos; pero

ciones, verdaderas ó falsas, contra Pablo, sobre moralidad. Hefele (*Concilien Geschichte*, t. I, 109-117), cuenta tres sínodos de Antioquía, que trataron de este asunto, pero no ha podido dar con la fecha del segundo, del cual no hablamos nosotros.

no pudieron evitar que llegaran á vista de la capital del desierto. Palmira estaba rodeada de un profundo foso y de una muralla cubierta de innumerables máquinas de guerra, que sin cesar lanzaban flechas, dardos y fuegos (1).

El emperador no esperaba encontrar defensa tan enérgica. Sin embargo al llegar á vista de la plaza escribió diciendo á la reina:

«Aureliano, emperador del mundo romano y vencedor del Oriente, á Cenobia y á los que sostienen su causa. Ya debierais haber hecho *de motu proprio*, lo que os prescribo por esta mi carta. Ordeno y mando que os entreguéis, bajo promesa de dejaros la vida. Tú, Cenobia, te retirarás con tu familia al lugar que venga yo en designarte, de acuerdo con el venerable sehadó. Pero entregarás previamente cuanto tengas en piedras preciosas, oro, plata y seda, y en caballos y camellos. Los palmiranos, por su parte, conservarán sus derechos.»

La contestación no fué menos altiva:

«Cenobia, reina de Oriente, á Aureliano Augusto. Jamás fué osado á pedir nadie lo que pides tú en tus letras, olvidando que en la guerra todo lo decide el valor. Y dices que me entregue como si no quedara siempre el ejemplo de Cleopatra, que prefirió morir á deber la vida á un tirano. Pero no estoy aun en este caso. Tengo fuerzas y espero refuerzos de los persas, y están por mí los sarracenos y los armenios. Y si los bandidos de Siria han batido tu ejército, emperador del mundo romano, ¿qué será cuan-

(1) Sin duda del betún de que abundan las regiones limítrofes.